

indignidades de esta infinita multitud de pecadores de todos los siglos y de todos los tiempos que le han afrentado y le afrentan; apartar con las lágrimas de nuestro corazón, y con interiores suspiros, los azotes que las Comuniones indignas atraen sobre la tierra; porque si antiguamente se quejaba el Apóstol de que el ser los cuerpos heridos con llagas, las enfermedades populares, las muertes repentinas eran efecto de la profanación de este Sacramento, ¡ah! ¿Quánto tiempo há, Señor, que nos estais hiriendo? Arrojaís sobre nuestras Ciudades y Provincias el rayo de vuestro furor: armais los Reyes contra los Reyes, y los Pueblos contra los Pueblos; no se oye hablar mas que de batallas y de ruidos de guerra; haceis llover del cielo la esterilidad sobre nuestros campos; la espada enemiga despuebla nuestras familias, y quita á los padres el consuelo de su ancianidad; gemimos con unas cargas, que apartando de nuestros muros á el enemigo del estado, nos entregan al hambre y á la miseria: las Artes son casi inútiles al pueblo; perecen las ganancias y el comercio, y apenas basta la industria para socorrer las necesidades: las calamidades secretas, y de Vos solo conocidas, son aun mas lastimosas que las públicas. Hemos visto á la hambre y á la muerte segar á nuestros Ciudadanos, y mudar nuestras Ciudades en espantosos desiertos: el enemigo de vuestro nombre se aprovecha de nuestras disensiones, y usurpa vuestra herencia.

Gran Dios, ¿de dónde vienen estos azotes tan dilatados y terribles? ¿Dónde se forman estas nubes de furor y de indignacion que há tanto tiempo que descargan sobre nuestras cabezas? ¿No estais armado para castigar á los sacrílegos? ¿Los atentados que todos los dias se cometen al pie de vuestros Altares contra vuestro Cuerpo, no son los que motivan estas señales de vuestra indignacion? Heridnos, pues, Señor, vengad vuestra gloria, mandad al Angel que está en los ayres que

que no detenga su brazo, que no perdone á las casas en donde aun están impresos los vestigios de una sangre profanada; vuestra indignacion es justa; pero no, no vengueis, Señor, unos delitos permitiendo otros delitos; concedednos la paz, oíd los clamores de los Justos que os la piden: Señor, os dicen con el Profeta: (a) *Nosotros esperabamos la paz, y aun no nos ha llegado este bien.* Haced que cesen las profanaciones que traen siempre consigo las guerras; no castigueis los sacrilegios, permitiendo que se multipliquen sobre la tierra; volved la Magestad á tantos Templos profanados; el culto y la dignidad á tantas Iglesias despojadas; el esplendor y la magnificencia á tantos Altares derribados; la paz á nuestras ciudades; la abundancia á nuestras familias; el consuelo y alegría á Israel; volved los hijos á sus padres; á las esposas desconsoladas sus esposos; y si nuestras desgracias no os mueven, muevan os á lo menos las de vuestra Iglesia.

En tercer lugar, se anuncia la muerte del Señor en este Misterio, porque Jesu-Christo se ofreció en él á sí mismo, por la separacion mística de su cuerpo, y de su sangre. ¿Qué se sigue, pues, de aquí? que debemos estar al pie de los Altares, como si estuviéramos al pie de la Cruz; imitar las disposiciones de los discipulos y mugeres de Jerusalén, que recogieron los últimos suspiros del Señor quando moría, y estuvieron presentes á la consumacion de su sacrificio. ¿Qué horror no tenían estos á un mundo que crucificaba á su Señor! ¿Os parece que comunicaban con sus asesinos? ¿Temian acaso declararse por discipulos de aquel Señor, que tan manifestamente se declaraba su Salvador á costa de su sangre? ¿No decian al Padre Celestial: castigadnos, Señor, á nosotros que somos los culpados,

(a) Jerem. 8 v. 15.

dos, y perdonad al inocente? ¿Qué horror tenían á sus culpas pasadas, por las que veían á su Señor clavado en una Cruz! ¿Qué impresion tan fuerte hacian sus penas en aquellos corazones! Y así, Católicos, contemporizar aun con el mundo, no atreverse á declarar abiertamente por la piedad, avergonzarse de la Cruz de Jesu Christo, medir la devoción de modo que aun persevere cierto gusto del mundo, que se mezcle por decirlo así, con los intereses de nuestra virtud, no confesar á Jesu Christo á cara descubierta, no atreverse á faltar á un espectáculo en que se hace burla del Señor, á una concurrencia en que se le ofende, á un camino de donde no puede salir entera la inocencia, á un cumplimiento en que padecen las obligaciones de la religion, á un cierto genero de vida que tienen por indispensable los mundanos, á ciertas máximas que ofenden al Evangelio, y que la costumbre ha acreditado de leyes; vivir con todas estas condescendencias, y con todo eso venir á comer la Pasqua con los discípulos de Jesu Christo; conservar aun inteligencias con sus enemigos, y sentarse á su mesa; hacer estimacion de las máximas que le crucifican, y querer ser testigos y compañeros fieles de su Cruz, esto, Señores, es una contradicción.

Venció Jesu Christo al mundo, le clavó en su Cruz, é hizo que sus errores y máximas espirasen con él; y así el anunciar su muerte en la Comunión es acordarse de esta victoria. ¿Pues si el mundo vive aun, y reyna en nuestros corazones, Católicos, no destruíis el fruto de la muerte del Señor? ¿No disputais á Jesu Christo el honor de su triunfo? Y en vez de anunciar su muerte, ¿no venís á renovarla con sus enemigos?

Mas: Se anuncia, en quarto lugar, su muerte en este misterio, porque es la consumacion del sacrificio de la Cruz, y nos aplica su fruto. ¿Quién, pues, nos dá derecho al fruto de la Cruz, y por consiguiente

te á la Comunión? Los trabajos, las mortificaciones, una vida interior y penitente: y si no decidme: ¿os atreveriais á llegar á anunciar la muerte del Señor viviendo entre las delicias? ¿Os atreveriais á sustentar un cuerpo como el vuestro, acostumbrado á los placeres, alagado, acariciado, os atreveriais, vuelvo á decir, á alimentarle con una carne crucificada? ¿Os atreveriais á incorporar á Jesu-Christo agonizando, y coronado de espinas, con unos miembros delicados y sensuales? ¿Os atreveriais, habiendo de convertir su carne en vuestra propia sustancia á transformarla en una carne sensual? Esto sería un gran delito: Para alimentaros con la carne de Jesu-Christo, es necesario que vuestros miembros puedan hacerse miembros suyos, y que su cuerpo pueda tomar la figura del vuestro. Su cuerpo, pues, es un cuerpo crucificado; sus miembros son unos miembros que padecen, y si vosotros vivís sin padecer, si no llevais la mortificacion de Jesu-Christo en vuestros cuerpos, si no habeis hecho jamás, como puede suceder, violencia alguna á vuestros sentidos y deseos, si habeis pasado vuestros dias en una tranquila sensualidad, si os impacientan las aflicciones, si os enfada todo lo que es contrario á vuestro genio, si no os exercitais en obras de mortificacion, si no recibís bien la que el cielo os embia, ¿cómo quereis unir vuestra carne con la carne de Jesu-Christo? En esto no se piensa, Católicos; pero sabed, que una vida sensual, solo es capaz de una comunión indigna.

Finalmente se anuncia la muerte del Señor en este misterio, porque en él está como muerto: tiene boca, y no habla; ojos, y no mira; pies, y no camina; reparad, pues, Católicos, y obrad segun este modelo. De este modo debeis anunciar su muerte, quando participais de su cuerpo. Es necesario llegar con los ojos acostumbrados á no ver las cosas de la tierra; con una lengua enseñada al silencio, ó á las conversaciones de Dios,

como dice San Pablo; con pies y manos inmóviles para las obras pecaminosas; con los sentidos muertos, ó mortificados; en una palabra, debéis llevar una muerte universal en vuestro cuerpo. El estado de Jesu Christo en la Eucaristía es el estado de un Cristiano en la tierra. Un estado de retiro, de silencio, de paciencia, de humildad, y de divorcio con sus sentidos. Porque ¿qué es estar Jesu Christo en la Eucaristía? Es estar en el mundo como si no estuviera en él; estar entre los hombres, pero invisible; oír sus vanos discursos, sus quimericos consejos, sus esperanzas frívolas, sus inquietudes, sus empresas, y dexarles obrar: Tributarle honores divinos, y le ultrajan; y permaneciendo siempre él mismo, se muestra tan insensible á los insultos como á los rendimientos: vé renovar los siglos, los imperios, las familias; vé mudar las costumbres, variar el gusto y las edades de los hombres, cesar los usos, y volver á revivir; vé la figura de este mundo en una continua revolución, prevalecer las heréjias, destruirse su heredad, las guerras, las sediciones, trastornarse todo repentinamente, temblar todo el universo, y permanece tranquilo sobre sus ruinas, y nada le aparta de la íntima é inefable aplicación á su Padre: nada turba el divino reposo de su santuario, en el que siempre está vivo para interceder por nosotros. Volvedle á mirar, y obrad segun este exemplar. Lleguemos á la sagrada mesa con los ojos cerrados mucho antes á quanto pueda ofender á nuestra alma: con una lengua cercada de una guardia de circunspección y de vergüenza; con unos oídos castos é impenetrables á los silvidos de la Serpiente, y á la sensualidad de los sonidos y voces tan propias para corromper el corazón; con una alma tan insensible á los desprecios, como á las alabanzas; con una alma incapáz de alterarse por los sucesos de la tierra, ni por las revoluciones de la vida: igual en la buena y en la mala fortuna:

que

que mire con indiferencia quanto sucede en el mundo; que juzgue de los bienes y males que la suceden, como si no la tocasen; y que en medio de las agitaciones de la tierra, del tumulto de los sentidos, de la contradicción de las lenguas, de las vanas empresas de los hombres, esté siempre atenta á no perder la paz de su corazón, á caminar tranquilamente hácia la eternidad, á no perder de vista á su Dios, y á tener siempre su conversacion en el cielo.

No quiero decir con esto que deban excluirse del Altar todos los que no han llegado á este estado de muerte. Este es un asunto que pide toda la vida, y la carne de Jesu-Christo es un socorro para fortificarnos y ayudarnos en esta empresa: Pero es necesario haber á lo menos empezado para no llegar al Altar indignamente: Es necesario estar en una continua pelea con los sentidos, con la corrupción, con las flaquezas, y adelantar todos los dias alguna cosa: Es necesario practicar la abnegacion christiana: Es necesario expiar con el retiro, con el silencio, con las lágrimas, con la oracion, con las maceraciones, las continuas victorias que de nosotros alcanzan el mundo y los sentidos: Es necesario levantarse con tiempo de las caídas: Lo que quiero decir es, que una Comunión no es negocio de un dia, ni de una solemnidad; que toda nuestra vida debe ser una continua preparacion para la Eucaristía; que todas nuestras acciones deben ser como pasos que nos guien al Altar; que la vida de la mayor parte de las personas del mundo, aún de aquellas que no viven en el desorden, que de nada se angustian, que viven segun los sentidos, que solo les mueven los intereses terrenos, es una vida que no anuncia la muerte del Salvador, y por eso deben ser excluidas de este misterio. Os quiero hacer conocer que la Eucaristía es un festin, si es licito decirlo así, de duelo, y de muerte: Que las alegrías, los placeres, las vanas decoraciones afean

es-

esta sagrada mesa, y hacen que seais despreciado como el que se presenta con un vestido roto y sucio; que es imposible alimentarse á un mismo tiempo con las viandas de la tierra, y con el pan del cielo; y que desde el instante que llegaron los Israelitas á las fronteras de Canaán, y empezaron á comer los frutos de la tierra, dice la Escritura, que dexó de llover Manná, y no volvieron á alimentarse con esta celestial vianda: *Defecitque Manna, postquam comederunt de frugibus terra.* (a) Quiero daros á entender que este Sacramento es el fruto, y no la señal de la penitencia: Que los que solo comulgan por razon de la solemnidad, mas son profanadores que verdaderos adoradores: Que es imposible sustentarse con el Cuerpo de Jesu-Christo sin vivir de su espíritu: Que es tambien necesario que el Espíritu Santo descansa sobre una alma, como sobre Maria, antes que Jesu-Christo venga á ella como á encarnar de nuevo. Quiero daros á entender que la leccion de los libros santos, y los saludables rigores de la penitencia deben preparar en nuestros corazones la morada á Jesu-Christo, para que seamos como Arcas santas, y que este celestial Manná descansa en ellos en medio de las tablas de la Ley, y de la vara de Aarón. Quiero daros á entender que nada os debe hacer temblar tanto á vosotros, que vivís en los peligros del siglo, y los amais, como las Comuniones que habeis hecho antes de haberos probado, y sin mas precauciones que una confesion. Quiero daros á entender que el pan de vida se muda en veneno para la mayor parte de los Fieles. Que casi vé el Altar mas delitos que el teatro. Que es mas ultrajado Jesu-Christo en su Santuario, que en las asambleas de los pecadores; y que las solemnidades son para el Señor Misterios de luto, y dias destinados á afrentarle. En una palabra, os quiero dar á entender que para llegar dignamente es ne-

(a) Jos. 5. v. 12.

cesaria una fé respetuosa, que nos haga discernir; una fé prudente con que nos examinemos; una fé viva que nos haga amar; y una fé generosa que nos haga sacrificar. Sin esto el recibir al Señor es hacernos una culpa de su carne y de su sangre; es comer y beber su juicio.

¡Ah, Señor, y qué poco he conocido yo hasta ahora la extrema inocencia y pureza que pedís en los que llegan á alimentarse con este pan celestial! El Centurion, aquel hombre de una fé tan viva, tan humilde, tan ilustrado, aquel hombre tan rico de buenas obras, que amaba á vuestro pueblo, que levantaba sagrados edificios á vuestro nombre, destinados para las públicas oraciones, y para interpretar vuestras Escrituras; aquel hombre no se juzgaba digno ni aun de recibirnos en su casa. La mas pura de todas las Virgenes, quando la anuncia el Angel que vais á baxar á su seno, se atemoriza; considera su miseria, y si la queda alguna fuerza para hablar, solo es para preguntar, ¿cómo podrá ser esto? ¿Pues quién soy yo, Señor, para atreverme á sentarme á vuestra mesa con tan poca precaucion? Yo que me pongo tan vacío en vuestra presencia, que no tengo que ofrecer os si no las reliquias de un corazón á quien ha ocupado el mundo tanto tiempo, y que reserva para las criaturas y para las pasiones la parte mas principal de él: yo que no llevé á vuestros Altares mas que unos débiles ensayos de salvacion, y obras llenas de pecados; yo que solo excedo á los demás pecadores en el abuso que he hecho de vuestras gracias, en las luces inútiles, y en los pensamientos que se han exhalado en deseos: que no llevo mas que mil inspiraciones, que no consiguen de mí otra cosa mas que vanos amagos de conversion; un corazón incapaz de familiarizarse ni con el pecado, ni con la virtud; un natural feliz, y casi naturalmente enemigo del exceso, y del vicio, á quien con todo eso yo he alterado.

¡Ah

¡Ah, Señor! Los frutos de una Comunión santa son tan abundantes y sensibles; el alma sale tan inundada en vuestras gracias y favores, que aun quando yo no tuviera otras señales de lo indigno de mis Comuniones, que su inutilidad, debiera temblar, y confundirme. Quando se come vuestra carne dignamente, vos nos enseñáis que aun se padece hambre, y yo me retiro de esta sagrada mesa fatigado y cansado de mis respetos; respiro al salir de ella como al salir de un cumplimiento, ó de una molestia; me alegro de haber acabado, como si hubiera dado fin al negocio mas penoso; y si algun gusto experimento es el de los placeres y del mundo. Quando se ha comido dignamente vuestra carne quedamos en vos, y vos quedais en nosotros; esto es, vuestra Sangre preciosa que corre por nuestras venas nos dexa vuestras inclinaciones, vuestro amor, y vuestra semejanza; somos como otro vos mismo, y como en Principes herederos de una sangre real, se debe advertir en nuestro semblante cierto ayre de magestad, que anuncie nuestra nobleza: no deben manifestarse en nosotros sino inclinaciones nobles, y pensamientos dignos de la sangre que hemos recibido; y con todo eso, yo siempre hallo en mí pensamientos terrenos, inclinaciones baxas y mundanas, un corazon que aun se rebelca entre el cielo, y que no sabe levantarse sobre las criaturas; y volver á vuestro seno de donde salió. Quando se come dignamente vuestra Carne nos enseñáis que vivimos para vos, y que esto es vivir eternamente; y yo he continuado viviendo para el mundo, para mí mismo, para los hombres que me rodean, para mis placeres, para mis proyectos de fortuna, para mis negocios, para mi familia, para mis hijos, para mi gloria, sin dexar para vos apenas un instante en todo el dia. ¿Qué he de hacer, pues, Señor? ¿Me he de retirar de vuestra mesa; me he de privar de este fruto de vida? ¿No se ha de partir para mí el pan de consolacion? No, Señor, Vos

no

no quereis excluirme, sino hacerme digno; no quereis que me retire, sino que me disponga; no me negais el pan de vuestros hijos; pero no quierais que mi indignidad os obligase á ofrecermé en su lugar una Serpiente. Preparaos, pues, Señor, dentro de mí mismo una digna morada. Allana las alturas, endereza las sendas torcidas, purifica mis deseos, emenda mis inclinaciones, ó criadlas de nuevo. Vos solo podeis ser nuestro precursor, y prepararos los caminos en las almas; llenadnos, pues, Señor, de vuestro espíritu, para que comamos dignamente vuestro Cuerpo, y vivamos eternamente para Vos. *Amen.*

F I N.



SERMON
PARA EL DIA
DE LA NATIVIDAD.

*Evangelizo vobis gaudium magnum, quod
erit omni populo, quia natus est vobis ho-
diè Salvator, qui est Christus Dominus.*

Os traygo una nueva, que será de gran-
de alegría para todo el Pueblo, y es
que hoy os ha nacido un Salvador, que
es el Christo del Señor. *Luc. 2. v. 10. 11.*

SEÑOR.

ESta es la gran nueva que ya ha quatro mil años
esperaba el mundo; el gran suceso que habian
anunciado tantos Profetas; figurado en tantas ce-
remonias; deseado de tantos Justos, y que toda la na-
tura parece prometia y aceleraba con la universal cor-
rupcion que se habia introducido en toda la carne. Este
es el gran beneficio que la bondad de Dios preparaba

á los hombres; despues que la infidelidad de nuestro
primer padre nos sujetó á todos al pecado, y á la
muerte.

El Salvador, el Ungido, y el Señor, se manifiesta
por último en la tierra; las nubes producen al Justo;
la Estrella de Jacob aparece en el universo; sale el Ce-
tro de Judá, y ya ha llegado el que habia de venir;
ya se cumplieron los tiempos misteriosos; el Señor ha
manifestado la señal que prometió á Judea; una Virgen
conció, y ya ha parido; y de Bethlem sale el Con-
ductor que debe instruir y gobernar á Israel.

¿Qué bienes tan grandes se anuncian á los hom-
bres, Católicos, con este nacimiento? No hubiera sido
anunciado, esperado, deseado por tantos siglos: no
hubiera formado la Religion de tantos pueblos, ni sido
el objeto de todas las Profecías, la manifestación de
todas las figuras, el unico fin de todos los pasos de
Dios hácia los hombres; si no fuera la mayor señal de
amor que podia darlos. ¿Qué noche tan feliz aquella
en que sucedió este divino parto! Vió resplandecer la
luz del mundo entre sus tinieblas; en el cielo resue-
na la alegría y los cánticos de accion de gracias.

Pero, Católicos, para participar de las alegrías que
este nacimiento esparce en el cielo y en la tierra es
necesario participar tambien de los favores que nos trae:
la comun alegría se funda en la comun salud que nos
ofrece; y si no obstante estos socorros nos obstinamos
en perecer, la Iglesia llora por nosotros, y juntamos
el luto y la tristeza á el gozo que inspira una nueva
tan feliz.

¿Quáles son, pues, los inestimables beneficios que
esta nueva trae á los hombres? Los mismos celestiales
espíritus vienen hoy á anunciarlos á los Pastores: viene,
dicen, á dár gloria á Dios, y paz á los hombres; y
en esto se descubre todo el fondo de este Misterio;
á Dios la gloria que le habian querido quitar los hom-
bres;